

Ricardo E. Latcham.

LOS ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO

NO se puede tratar la cuestión del origen del hombre americano sin antes abordar, aunque sea brevemente, las teorías modernas acerca del origen de la humanidad en general. Hasta hace unos veinticinco o treinta años persistía una seria controversia respecto de la monogénesis o la poligénesis, es decir, si la humanidad tuvo un solo origen o si sus orígenes eran varios y repartidos. Hoy el mundo científico no acepta la última hipótesis y la humanidad se considera como formando una sola especie, dividida en distintas razas o variedades. Esta conclusión se impone por cuanto las razas son fértiles entre sí, lo que no sería si fuesen especies diferentes. Como corolario, al formar una sola especie, no puede haber tenido sino un solo punto de origen.

No se ha podido determinar de una manera completamente segura la región en que tuvo su nacimiento la especie humana, pero el consenso de opinión de los especialistas es que debe buscarse con toda probabilidad en alguna parte del Asia Central o

Meridional. Tampoco se ha podido comprobar de una manera satisfactoria la época precisa en que el hombre hizo su aparición en la tierra. Algunos suponen que debió ser a fines de la época terciaria, otros lo posponen a la cuaternaria, aunque en ambos casos faltan pruebas convincentes.

Los restos incontrovertibles más antiguos del hombre pertenecen al período pleistoceno de la época cuaternaria y su edad se calcula en unos cien mil años. Todos los restos en cuestión, tanto los industriales como los esqueléticos, se hallaron en Europa occidental o central. Se ha hablado mucho de otros restos más antiguos, atribuidos a ciertos precursores del hombre, como el *pitecantropus erectus* de Java, el *sinantropus pekinensis* descubierto hace poco cerca de Pekín, el hombre de Heidelberg y el de Piltdown. A pesar del estado fragmentario de algunos de estos hallazgos y las circunstancias poco precisas de su descubrimiento, han servido de base para nuevas teorías genéticas y hacen prever la posibilidad de encontrar algún día vestigios indiscutibles de un precursor del hombre y aun de éste en su estado más primitivo.

Durante el pleistoceno todo el hemisferio norte pasó por una serie de períodos de intenso frío, durante los cuales los continentes septentrionales se cubrían de una espesa capa de hielo, lo que imposibilitaba su habitación. Estos períodos helados se alternaban con otros de clima más benigno, en los cuales el hielo retrocedía hacia el polo, dando lugar a que se poblaran las tierras antes inhabitables. Este largo lapso se ha llamado edad de hielo o época glacial y los períodos más templados han recibido el nombre de épocas interglaciales. Fué durante la última época interglacial, que se estima puede haber durado 30 o 40,000 años, cuando apareció en Europa la antigua raza neanderthaloide de que hemos hablado. La cultura

de dicha raza y la de otras posteriores que aparecen sucesivamente en el mismo horizonte era de lo más primitiva, aunque hacia fines de la época había alcanzado un considerable desarrollo. Sobrevino el último avance de hielo que cubrió casi toda Europa, una gran parte de Asia y Norte América, hasta el centro de los Estados Unidos. Durante este período desapareció totalmente el hombre interglacial de Europa y con él su cultura y la fauna que le acompañaba, dejando únicamente sus restos osteológicos e industriales en testimonio de su estada.

Terminada la última época glacial, que duraría probablemente unos 25 o 30,000 años, Europa se pobló nuevamente, pero ahora tanto la raza como la cultura son distintas y más adelantadas. La antigua fauna fué también reemplazada por otra formada de las especies que conocemos hasta hoy. La cultura antigua, como igualmente la nueva, se distinguen en que sus principales artefactos son de piedra, en especial las armas y herramientas. Sin embargo, los métodos de fabricación empleados en las dos culturas eran muy distintos, como lo eran también los tipos de artefactos producidos y la habilidad demostrada en su confección. En la cultura primitiva se hallan muy pocos tipos y éstos de factura tosca y rudimentaria. Se fabricaban sacando astillas de un guijarro a golpes con otra piedra, hasta producir una punta o un filo, sirviéndose de ellos como hachas, punzones, raspadores o cuchillos. Más tarde se mejoró el método de elaboración como igualmente el número de tipos. Comenzando con el sistema anterior, se sometían las piezas fabricadas a un segundo procedimiento que se puede llamar de retoque. Se recorría la orilla u orillas destinadas al servicio, removiéndolas por presión, con un punzón de hueso o de madera, pequeñas astillas, hasta reducir la pieza a la forma requerida. A veces se retocaba

toda la superficie para adelgazarla y hacerla más apropiada al uso a que se la destinaba.

La nueva cultura, aun cuando para ciertos objetos se empleaban los mismos métodos, se diferenciaba de la primera por la introducción de otro sistema, el de gastar y pulir los objetos de piedra por el frotamiento sobre otras piedras. De esta manera se producían artefactos más hermosos y más adecuados. Toda la época en que la piedra formaba el principal material de que se fabricaban las armas y herramientas utilizadas por el hombre, se llama Edad de Piedra; pero se distinguen las dos culturas una de otra, llamando Cultura Paleolítica a la más antigua y Cultura Neolítica a la segunda.

Ha sido preciso establecer estos hechos generales antes de hablar de los orígenes del hombre americano, porque en ellos estriban los diversos problemas que nos preocupan al tratar de dilucidar el tema. Muchos escritores han preconizado el autoctonismo del hombre americano; es decir, han supuesto que pudo haberse originado en este continente. Semejante proposición obliga a suponer que la cuna de la humanidad se encuentra en América; porque, formando las diversas razas una sola especie, ésta no puede haber tenido sino un solo punto de origen. Si admitimos que el hombre americano ha tenido su principio en América, como consecuencia tenemos que admitir que las razas blancas, amarilla y negra se han derivado de la roja o americana. Esta era la pretensión del célebre paleontólogo argentino, Florentino Ameghino, quien no sólo creía haber descubierto en las Pampas restos del hombre terciario, sino también restos de dos precursores del hombre que denominó respectivamente *diptoprothomo* y *tetraprothomo*. Sin embargo aunque logró formar escuela y todavía encuentra defensores, el mundo científico no aceptó sus teorías ni las premisas en que las fundó.

Como hemos dicho, el consenso de opinión entre los especialistas es que el hombre se originó en alguna parte del antiguo mundo. Allí se encuentran vestigios de su existencia en épocas geológicas pasadas, estimándose que los más antiguos pueden tener una edad de no menos de cien mil años. Para postular el origen americano de la humanidad incumbe a los sostenedores de tal hipótesis comprobar que este continente haya sido poblado en época aun más antigua. Hasta ahora, las pruebas presentadas a favor de semejante teoría no han sido aceptadas, y la existencia del hombre cuaternario en América se ha puesto en duda por la mayoría de los antropólogos, aunque es posible que en el futuro se descubra evidencia concluyente de su llegada al continente en la época pleistocena.

Si el hombre americano no es autóctono, se presentan como problemas la época de su llegada y el camino por donde entró en el continente.

En cuanto al primer problema, la opinión de los hombres de ciencia está dividida. Algunos creen que el continente fué poblado por primera vez, hacia fines del pleistoceno, durante la última época interglacial, por una raza dolococéfala, o de cabeza larga y alta, cuya cultura era muy primitiva y del tipo paleolítico. Poco a poco, en el curso de algunos milenios, se esparció por todo el continente. Restos esqueléticos que se atribuyen a esta raza primitiva se han encontrado en muchas partes, especialmente en las costas. Sus descendientes actuales son, según los partidarios de esta teoría, los yahganes de Tierra del Fuego, los botocudos de la meseta brasilera y los pericues de Baja California. Los pueblos citados no solamente presentan los caracteres físicos atribuidos a esta antigua raza, sino que su cultura primitiva es aproximadamente aquella que se supone aportada por los inmigrantes originales. Dicha raza se ha lla-

mado la paleoamericana y se estima que ha sido contemporánea de los grandes mamíferos cuaternarios americanos. Los defensores de tales doctrinas alegan que durante el cuaternario debe haber existido un puente entre Alaska y el noreste de Asia, pues de otro modo no pudieron haber pasado los grandes cuadrúpedos de la época, muchos de los cuales son originarios del antiguo mundo. Por el mismo puente debe haber pasado el hombre paleoamericano. Otros, y ellos forman la mayoría, opinan que semejante gran antigüedad del hombre americano es muy dudosa y que hasta hoy no se ha presentado ninguna prueba incontrovertible del hecho. Todos los supuestos hallazgos del hombre geológicamente antiguo, después de ser sometidos a una crítica severa e imparcial, han sido rechazados, por fundarse en evidencias incompletas o en observaciones erróneas. Como dijo Holmes, uno de los que más ha estudiado la cuestión de orígenes:

Considerando la evidencia en todos sus aspectos, no puede admitirse que la ocupación terciaria ni siquiera pleistocena del continente americano haya sido demostrada y el autor se declara en favor de la idea de que el hombre no llegó al continente hasta después del retroceso final del hielo en la parte central de Norte-América. Al mismo tiempo debe concederse que no hay razón aparente por qué el hombre, si ya ocupaba el norte de Asia, no puede haberse pasado a las costas americanas por vía del estrecho de Behring durante cualquiera de los períodos de clima templado que antecedieron o interrumpieron la edad de hielo. Sin embargo debemos prudentemente esperar los resultados de una mayor investigación y prepararnos para someter ésta a las pruebas más severas que puede exigir la ciencia (1).

Hrdlicka, otro de los antropólogos que más ha estudiado la cuestión en todas sus fases, después de examinar personalmente y en detalle todos los

(1) Wm. H. Holmes: *Aboriginal American Antiquities*.

restos humanos atribuídos a tiempos muy remotos, se expresa así:

Anuncios de semejantes descubrimientos han aparecido repetidas veces tanto en Norte como en Sud América y han dado lugar a muchas especulaciones infundadas. Al someterse al escrutinio imparcial de la ciencia, no obstante la gran edad de la mayoría de los hallazgos en que se quería levantar, el edificio de la antigüedad del hombre en América ha desaparecido del campo de la evidencia y el resto se apoya en evidencia tan defectuosa que legítimamente no se puede basar en ella ninguna conclusión de valor cronológico. Pesadas imparcialmente las probabilidades se hallan en todo caso en contra y no a favor de una gran antigüedad.

No debe considerarse esto como una negación categórica de la existencia en América del hombre antiguo por improbable que parezca por ahora su presencia; pero se mantiene por todos los investigadores y debe mantenerse que la aceptación final de la evidencia sobre este punto no puede ser justificada hasta que se acumule una masa de observaciones estrictamente científicas, suficiente en calidad y en número para establecer de una manera definitiva una proposición de tanta trascendencia (1).

A pesar de estas y otras opiniones parecidas, subsiste la probabilidad de que en algunas partes de Sud-América el hombre haya sido contemporáneo de ciertos grandes mamíferos extinguidos, considerados como pertenecientes a la fauna de la época cuaternaria. Volveremos sobre este punto más adelante. Entretanto nos conviene ver cuál es la alternativa respecto de la población del continente, propuesta por los que no admiten la aparición del hombre en América en tiempos geológicamente antiguos.

Se presume que la primera inmigración humana en América no puede haber tenido lugar sino después de la desaparición del hielo en el hemisferio norte, probablemente durante la Edad Neolítica de Europa

(1) Alex Hrdlicka: *The Genesis of the American Indian Early Man in South America.*

y a lo sumo hace diez mil años. No es probable que tal inmigración se haya hecho en masa y de una sola vez, sino que es más verosímil que, descubierto el camino, hubiera habido una larga serie de migraciones de pequeños grupos. Estos al llegar al continente, habrían tomado diversas direcciones, esparciéndose gradualmente por los más diversos territorios, hasta ocupar todo Norte y Sud-América. Los primeros inmigrantes serían de un tipo algo distinto de los que llegaron más tarde y de las mezclas originadas entre unos y otros habrían descendido los indios actuales.

Pero ¿de dónde vinieron estos inmigrantes y cuál fué el camino que siguieron para llegar a América? Muchas rutas se han propuesto, fundadas en premisas absolutamente arbitrarias. En general éstas han sido por puentes terrestres entre los diversos continentes y América o entre ésta y continentes desaparecidos. Pero estudios geológicos, paleontológicos y oceanográficos modernos nos demuestran que dentro del período en que el hombre ha habitado la tierra, no han desaparecido continentes, ni siquiera la Atlántida, tema favorito de muchos autores, y que tampoco han existido los supuestos puentes terrestres, con la sola excepción de aquel que unía Alaska con el noreste de Asia, desaparecido a fines de la época glacial. Es indudable entonces que, al no haber llegado por este puente durante la época cuaternaria, el hombre ha tenido que venir por mar.

Está igualmente fuera de duda que cualquiera que fuese la época de su llegada, la cultura que aportaron los primitivos inmigrantes fué de lo más sencilla y compuesta de pocos elementos. Sus conocimientos de la navegación deben haber sido tan primitivos como el resto de su aporte y muy lejos de prestarse para largos viajes oceánicos. Pero existe un punto, el estrecho de Behring, en el extremo noreste del continente, donde la distancia entre el mundo

antiguo y el nuevo se reduce a unos 60 kilómetros.

Esta distancia se recorre constantemente, hasta hoy, por los esquimales y los chukchees de la costa asiática, en pequeñas embarcaciones de cuero de lobo marino. Aun más, en los inviernos más rigurosos los dos continentes se unen por un puente de hielo, sobre el cual trafican los dos pueblos mencionados. Por esta estrechura con toda seguridad han pasado los primitivos pobladores de América, cualquiera que haya sido en el antiguo mundo el lugar último de su origen. Esta tesis se admite, tanto por los que reclaman para el hombre americano un origen cuaternario, como por los que abogan por su llegada más reciente al continente. Los primeros preconizan dos épocas de inmigración: una interglacial hacia fines del pleistoceno y otra más reciente, en todo caso postglacial. En la primera el hombre traería consigo una cultura paleolítica y en la segunda otra más adelantada, semejante a la Neolítica de Europa. Los últimos, en cambio, no admiten la primera hipótesis, la cual, como hemos dicho, no consideran comprobada. Por tanto niegan la existencia de una cultura paleolítica en América y explican los numerosos objetos de piedra de tipo idéntico a los hallados en el horizonte paleolítico de Europa, suponiéndolos formas malogradas, inconclusas o deshechas de la industria neolítica. Tal divergencia de opinión acerca de la categoría a que corresponden muchos de los objetos en cuestión resulta de la forma esporádica de los hallazgos y del poco cuidado que, por lo general, se ha demostrado en su recolección. Cupo a Chile el honor de haber comprobado de una manera fehaciente la existencia de una cultura paleolítica en el continente.

En 1914 el señor don Augusto Capdeville descubrió en Taltal un conchal de grandes dimensiones, que le llamó vivamente la atención, y se puso a excavar en él.

Luego vió que se componía de una serie de

estratificaciones de diferentes colores y consistencias. En todas las capas, revueltos con conchas, huesos, cenizas y desperdicios de cocina, se encontraron numerosos artefactos de piedra y algunos de otros materiales. Un registro meticuloso del contenido de cada capa vino a demostrar que mientras en las estratificaciones superiores se encontraban instrumentos de tipos que indicaban una transición entra la cultura paleolítica y la mesolítica o comienzos de la neolítica, los objetos pertenecientes a las capas inferiores eran exclusivamente paleolíticos, de los tipos más primitivos. Estos hechos han sido comprobados por arqueólogos de fama universal y sobre su exactitud hoy no cabe discusión.

El hombre de Taltal se radicó allí cuando poseía una cultura netamente paleolítica y continuó habitando la misma localidad hasta que comienza a desarrollar una cultura más adelantada, parecida a las primeras fases del neolítico europeo. ¿Qué es lo que debemos entender entonces? ¿El hombre de Taltal era verdaderamente cuaternario y contemporáneo con la raza paleolítica de Europa? No lo creemos, por las siguientes razones: en las diversas capas del conchal, hasta en la más inferior, se encontraron conchas de mariscos y huesos de peces de las mismas especies que existen actualmente en la localidad. El pueblo que formó el conchal parece haberlo abandonado abruptamente. La probable causa fué la llegada de un nuevo pueblo de una cultura más avanzada, pero también paleolítica, con artefactos muy semejantes a los del paleolítico superior (*solutrense*) de Europa occidental. Capdeville lo llama el pueblo de los dólmenes, porque encontró en el punto donde más abundan sus restos industriales, hileras de piedras paradas y grandes cistas o sepulturas formadas de lajas de piedra. Supone que este pueblo y cultura se derivan de los anteriores, pero faltan los eslabones. Más probable

nos parece que representan una nueva inmigración a la localidad, por cuya causa los primitivos pescadores abandonaron la vecindad. Desde esta época se puede seguir el desarrollo de varias culturas sucesivas, que continúan sin interrupción hasta la llegada de los españoles.

Si para la evolución de dichas culturas posteriores asignamos un período de dos mil años, lapso que se puede justificar por una serie de motivos fundados, llegaríamos a la conclusión de que el pueblo que formó el conchal primitivo lo abandonó más o menos un siglo antes de la era cristiana. Tomando en cuenta las dimensiones del conchal y suponiendo que su habitación hubiese sido continua, se puede estimar que el grupo humano cuyos desperdicios entran en su formación no puede haber ocupado el Morro por más de mil a dos mil años. Esto nos lleva a una época de tres a cuatro mil años a la fecha y en ningún caso nos permite considerar al hombre paleolítico de Taltal como contemporáneo del paleolítico cuaternario. A la vez nos presenta un nuevo problema, uno que hasta ahora no han afrontado los antropólogos, la subsistencia en América de una cultura paleolítica muchos milenios después de su total desaparición en Europa.

Las principales dificultades relacionadas con la antigüedad del hombre en América, tanto respecto de su coexistencia con los grandes mamíferos extinguidos, como también acerca de su posesión de una cultura paleolítica, estriban en la creencia de que ambos hechos deben considerarse contemporáneos con los similares europeos. Es evidente que para explicar su existencia en este continente debemos admitir que hayan pasado a él antes del último período glacial, que comenzaría hace unos 50,000 años. No es probable que haya sido más tarde su introducción, porque tanto la fauna como la cultura desaparecieron definitivamente de las regiones septentrionales del

antiguo mundo cuando se cubrieron de hielo. Pero es un argumento *a priori* suponer que idéntica cosa haya sucedido en América. Lo que parece indudable es que en este continente hubo una serie de circunstancias distintas que produjeron una seria modificación en el supuesto paralelismo, en cuanto al factor tiempo.

Durante la época terciaria y la primera parte de la cuaternaria el mundo antiguo estaba comunicado con el nuevo por un puente terrestre entre Alaska y el extremo noreste de Asia que desapareció durante la época glacial. No es de extrañarse entonces que la fauna de uno haya pasado al otro y que hallemos en América géneros originados en el mundo viejo.

En aquel entonces, además del puente terrestre mencionado, parece seguro que el istmo que unía Norte y Sud-América era de mucho mayores proporciones que el que hoy existe. La Florida estaba unida a Venezuela por una ancha faja de tierra cuyos restos los forman las Antillas y las Lucayas. El camino así presentado facilitaba la dispersión, tanto de la fauna como del hombre primitivo, llegado al continente en la última época interglacial. Cuando sobrevinieron nuevamente los hielos que cubrieron una gran parte del continente septentrional, todos los seres vivos se hallaron impulsados hacia climas más benignos. Muchas especies de animales emigraron a Sud-América, siguiéndolos varias tribus primitivas, mientras que otras quedaron en la parte meridional de los Estados Unidos, donde sus restos se han hallado en grandes cantidades.

El último deshielo produjo grandes trastornos en los continentes de ambos mundos. Los puentes terrestres entre Europa y Africa quedaron completamente cortados y la fauna cuaternaria europea que emigró a Africa durante el período del hielo no pudo regresar y es conocida solamente por los restos ante-

diluvianos que dejó. El hombre paleolítico de la época interglacial también desapareció, probablemente por las mismas razones. Después del deshielo, Europa se pobló de nuevas razas humanas y de una nueva fauna: los antepasados de las variedades que actualmente habitaban el continente. Los nuevos hombres poseían una cultura más adelantada que la de la raza desaparecida, a la cual se ha dado el nombre de cultura neolítica, o sea de la nueva edad de piedra.

Cosa parecida pasó en América. El puente terrestre del extremo noreste desapareció totalmente y en Centro América sólo quedó el actual istmo de Panamá, constituido por los altos cordones que unen la Sierra Madre con los Andes, camino de difícil tránsito a causa de las densas selvas tropicales infranqueables. Así es que la fauna y el hombre primitivo que retrocedieron hacia el sur ante el avance del hielo, se hallaron aislados en el continente meridional. Encontrando allí condiciones favorables, muchas de las especies cuaternarias que se extinguieron en el antiguo mundo durante la época glacial pudieron prolongar su existencia por muchos milenios después de haber desaparecido en otras partes. Por eso todavía encontramos en Sud-América una fauna arcaica, como igualmente restos de una raza humana quizá más antigua que la de otros continentes, exceptuando la Australasia. Debido a este mismo aislamiento, perduró en algunas partes del continente la más primitiva cultura o sea la paleolítica, hasta tiempos relativamente recientes, como hemos visto en el caso de Taltal.

Otro hecho que parece casi seguro es que varios animales, desaparecidos en el antiguo mundo desde fines del pleistoceno, han continuado existiendo en Sud-América hasta hace dos o tres mil años. Entre éstos podemos citar el mastodonte, el milodonte, el megaterio, el gliptodonte y otros, de manera que

hallar los restos esqueléticos o industriales del hombre en yuxtaposición con los restos de esta fauna no implica que sean de enorme antigüedad como pretendió Ameghino y algunos otros paleontólogos argentinos. La estratificación de los terrenos sedimentarios sudamericanos no se presta fácilmente a la misma clasificación geológica que las de Europa, y su relativa edad se ha fundado en los tipos de fósiles que contienen. Pero, como acabamos de indicar, razones especiales del medio han permitido que muchas de las especies sudamericanas perdurasen mucho después de la desaparición de sus congéneres en el mundo antiguo. Por consiguiente no se puede establecer entre ambas regiones una contemporaneidad de épocas geológicas y hemos visto que lo que se consideran terrenos cuaternarios por sus fósiles, en Sud-América pueden a menudo pertenecer a épocas bastantes recientes.

Iguales observaciones se pueden hacer respecto de la parte meridional de Norte-América, aunque allí, al parecer, el hombre paleoamericano quedó relegado a la región californiana.

Una de las causas de las divergencias de opinión respecto de la antigüedad del hombre en el continente ha sido el no tomar debidamente en cuenta estos hechos. La época cuaternaria europea, caracterizada por una fauna especial, terminó hace veinte mil años, y con ella la cultura paleolítica. Con estrecho criterio se ha considerado siempre que todos los restos de la fauna parecida americana deben haber sido contemporáneos con sus similares europeos, como igualmente los vestigios del hombre paleolítico. Al hablar de cualquier hallazgo de esta naturaleza se ha supuesto que forzosamente debía de tener una edad geológica cuando con mayor probabilidad podría ser relativamente moderno.

Si para los efectos de la discusión aceptamos provisionalmente la teoría de la aparición postglacial

del hombre americano y, con la escuela de Holmes y Hrdlicka, suponemos que sólo durante los últimos ocho o diez mil años ha sido poblado el continente, tenemos que reconocer que las condiciones geográficas no se diferenciaban de las actuales. Esto dificulta considerablemente el problema de la población de Sud-América, ya que el único camino de ingreso sería el istmo de Panamá, y deja sin explicación la existencia del hombre paleoamericano.

Según las enseñanzas de la escuela modernista, las corrientes inmigratorias que poblaron el continente vinieron del norte de Asia, en una serie de olas. Hrdlicka, por ejemplo, estima que cualesquiera que fuesen las circunstancias que indujeron a la primera inmigración en el continente americano, ella debe haberse efectuado por grupos pequeños y no por la migración de pueblos enteros. Semejantes incursiones se repetirían con frecuencia, con irregularidad si se quiere, pero indefinidamente. No pueden haber venido por otro camino que el estrecho de Behring, desde algún punto o puntos indeterminados del norte o noreste de Asia.

Los recién llegados, aunque pertenecientes a la misma sub-raza, no eran estrictamente homogéneos, sino representaban varios tipos distintos, con diferencias ya establecidas de cultura y de lenguaje.

El primer tipo que llega sería, según muchas indicaciones, el indio dolicocéfalo, representado en Norte América por los grandes troncos de Algonquines, Iroqueses y Shoshones; más al sur por los Pima-Aztecas; y en Sud-América por muchas ramas esparcidas por el continente desde Venezuela y la costa de Brasil, hasta Tierra del Fuego. Es decir, en Sud-América este tipo reemplazaría al que hemos llamado paleoamericano y que se ha considerado de procedencia pleistocena. Más tarde llegó otro tipo, llamado por Morton tipo tolteca, tan indio como el

anterior, pero braquicéfalo. Con el tiempo se esparció por la costa del noreste, las llanuras centrales y orientales, la mayor parte de los estados del golfo de Méjico, las Antillas, Méjico, Yucatán, Centro América, y eventualmente llegó a las costas del Perú, Chile y otras partes de Sud-América. Más tarde aun, cuando el continente estaba ya bien poblado, arribaron, según todas las indicaciones, los esquimales y los atapascas. Los primeros, como encontraran hacia el sur una resistencia que no pudieron vencer, tuvieron que quedarse en el extremo norte, donde el medio ha desarrollado en ellos una serie de modificaciones físicas que los aleja de las demás ramas de la misma raza. Los atapascas, tipo viril y braquicéfalo que se asemeja en parte al tipo físico de los actuales mongoles del noreste de Asia y en parte a los primeros braquicéfalos llegados al continente, quedaron en Alaska y al noreste del Canadá, aunque algunos grupos lograron penetrar hasta California, Arizona, Nuevo Méjico y parte de Méjico septentrional, siendo sus descendientes actuales los hupa, los lipanes y los apaches.

Esto es brevemente lo que propone Hrdlicka como la historia de la génesis del indio americano. Estima que tales migraciones tuvieron lugar durante la época de culturas neolíticas en el antiguo mundo, incluso en el noreste de Asia, de donde deben haber emigrado. Por consiguiente, las primeras oleadas traerían a América una cultura igualmente neolítica.

Las teorías formuladas por Hrdlicka y preconizadas por muchos antropólogos norteamericanos son aceptables en general, especialmente cuando se refieren a los indios norteamericanos; pero para explicar todas las fases del problema de la población del continente falta reconocer una inmigración muy anterior, esparcida por las dos Américas y que formó el fundamento de las mezclas posteriores. Esta primera inmigración tuvo lugar probablemente a fines del pleistoceno.

La raza que la efectuó se ha llamado la paleoamericana y trajo consigo una cultura paleolítica. Esta cultura primitiva perduró en algunas de las regiones marginales hasta tiempos recientes y entre algunas tribus arcaicas aun persiste en una forma modificada. Las diversas mezclas de dicho tipo primitivo con los posteriores señalados por Hrdlicka, en múltiples proporciones, y las mezclas entre sí de todos los tipos, darían nacimiento a las numerosísimas diferencias físicas, culturales y lingüísticas que hallamos en los pueblos indios modernos.

Son éstos, en nuestra opinión, los probables fundamentos del origen de la raza americana. En su mayor o en su menor extensión, forman la teoría aceptada hoy por la generalidad de los geólogos, antropólogos y paleontólogos del mundo. No faltan, sin embargo, quienes quieran incluir otro elemento étnico como factor importante en la formación de la raza: el melanesio. Durante los últimos años, una nueva escuela, llamada la histórica-cultural, ha tratado de probar que América en general y especialmente Sud-América debe muchos elementos culturales a influencias oceánicas: melanesias y polinesias. En esto ha sido singularmente feliz y no queda duda de que hayan infiltrado semejantes influencias, pues no de otra manera se puede explicar la existencia en el continente de ciertas costumbres y técnicas.

Alentados con este primer éxito, los partidarios de dicha escuela han tratado de probar la llegada al continente de una inmigración melanesia, suficiente en número para modificar el tipo físico del indio. Eligieron para esta hipótesis juntamente el tipo que hemos llamado paleoamericano. Se fundan en que los cráneos atribuidos al hombre paleoamericano son hipsidolicocéfalos, es decir, alargados y de gran altura relativa. Estos distintivos son igualmente característicos de los cráneos melanesios arcaicos y tomados

en conjunto con las influencias culturales observadas, deben constituir un argumento a favor de la supuesta inmigración. A primera vista podría considerarse tal cosa como una prueba válida y lógica, pero no resiste un análisis crítico severo.

La raza paleoamericana es, sin duda, la más antigua de América y aun cuando no se admita que su origen sea cuaternario, es preciso conceder siempre que fué la primera en llegar al continente, hace a lo menos ocho a diez mil años. En ese tiempo no hay ninguna seguridad de que existiera como entidad el grupo de pueblos que después se han llamado melanesios, ni siquiera que la Melanesia misma estuviese habitada. Los primeros vestigios que se hallan de semejante raza austrasiática datan de unos cuantos milenios más tarde, y su cultura, entonces bastante primitiva, sólo comenzó a desarrollarse después de la invasión de los pueblos arios de mil a dos mil años A. de C. Únicamente en esta época sus conocimientos de la navegación les permitirían efectuar viajes marítimos a través del Pacífico. Así vemos que una inmigración en América, en el supuesto que se haya efectuado, de ningún modo pudo haber tenido efecto sino hace unos tres mil años, cuando la raza paleoamericana contaba ya, en el peor de los casos, cinco o seis mil años de existencia en el continente. Por otra parte, su expansión por el Pacífico sería lenta, y a juzgar por lo que pasó en las migraciones de los polinesios mucho más tarde, es de creer que no habrían llegado a las costas americanas sino mil años después. Sin embargo, hay la posibilidad de que los caracteres craneológicos que distinguen igualmente a las dos razas deban su origen a una fuente común.

Dijimos más atrás que la probable cuna de la humanidad habría que buscarla en el Asia Central o meridional. Producida en largos milenios la diversidad de tipos que después se dispersaron por el mundo, po-

demostramos hallar entre ellos uno hipsidolicocéfalo, del cual se desprenderían diferentes ramas. Algunas de éstas migrarían hacia el noreste, llegando eventualmente hasta América, donde constituyeron la raza paleoamericana. Otros grupos de la misma procedencia seguirían hacia el sur o sureste, radicándose en la Indo-China y posteriormente en la Melanesia. No sabemos cuál sería el estado cultural de la raza tronco, pero no es difícil suponer que no habría salido aun de la cultura paleolítica y así se explicaría la introducción de tal cultura en América, siendo los portadores de la cultura neolítica los inmigrantes posteriores, de la época postglacial. Es muy posible además que mucho de los elementos culturales hallados en América y en la Melanesia y que la escuela histórico-cultural atribuye a migraciones oceánicas de los melanesios, hayan ingresado al continente por el mismo camino terrestre, porque algunos de ellos los hallamos radicados aquí, aun antes de la época de la expansión melanesia, a lo menos mil años antes que pudieran llegar por vía marítima.

Resumiendo, se pueden proponer como probables las siguientes hipótesis:

1.^a Que los únicos restos de un precursor del hombre que se pueden presentar como auténticos, provienen del continente asiático.

2.^a Que los más antiguos restos del hombre verdadero se han hallado en Europa.

3.^a Que en América hasta la fecha no se ha comprobado la existencia del hombre cuaternario, aunque hay grandes probabilidades de que se haya introducido en el continente hacia fines de dicha época.

4.^a Que después del último período glacial llegó a América una serie de inmigraciones de pueblos que se diferenciaban en su tipo físico y probablemente también en su estado cultural y en su lengua.

5.^a Que de las mezclas de estos pueblos en diferentes proporciones se ha formado la entidad que llamamos raza americana.

6.^a Que todas estas inmigraciones se hicieron por la vía del estrecho de Behring.

7.^a Que las razas melanesia y polinesia no han influido en la formación de la raza, no pudiendo haber llegado al continente sino en los últimos dos a tres mil años y en número tan reducido que su influencia física, al haber existido, se ha perdido en la masa de la población, aunque parece seguro que se arraigaron algunos elementos de sus culturas.